

que rebuzna ó que habla, el de Josué, que detuvo el curso del sol. Detener la marcha de un astro alrededor de la tierra cuando el astro no marcha, hé ahí todo lo que se puede llamar un prodigio. Quiso Galileo librar á la teología de este tropiezo, diciendo que la Biblia no era un curso de astronomía; pero la teología se irritó; el sagrado tribunal de la santa Inquisición obligó al astrónomo á retractarse de una verdad matemática y á confesar un error palpable. ¡Viva la ortodoxia católica! Es consecuente hasta el absurdo; y si preciso es, hasta la hoguera. Si los protestantes tuvieran todavía un Santo Oficio, librarian de muchos estorbos al supernaturalismo. En primer lugar, se excusa á Josué, diciendo que se expresó mal, que se sirvió del lenguaje vulgar, el cual supone que gira el sol alrededor de la tierra; pero que se detuviera el sol ó se parára la tierra no haría ménos difícil de digerir el milagro. Que Dios pudiera hacerlo, no ofrece duda á un supernaturalista; mas hé aquí esa importante razon que pregunta de nuevo: ¿invirtió Dios las leyes de la naturaleza para permitir á Josué exterminar á los Ammonitas? Nuestro pobre doctor se revuelve en medio de estas objeciones como el diablo en el agua bendita (1), y acaba por hallar una salida; ¡pero qué salida! Había caído una lluvia de granizo ó de piedras sobre el ejército enemigo; y la continuacion de esa lluvia destructora, dice el doctor Steudel, es lo que pidió á Dios Josué. Así achica el milagro; pero ¿quién autoriza al supernaturalista á hacer una edicion reducida en vez de la edicion grande é ilustrada del milagro? ¿Quién le permite violentar la Biblia para hacerle decir otra cosa que lo que dice? ¿No fué dictada la Escritura por el Espíritu Santo? ¡Y se atreve un supernaturalista á corregir ese dictado! ¿Y para qué? ¡Para transformar á Dios en verdugo! ¡La lluvia de piedras había cesado, y se necesitaba que comenzára de nuevo para saciar la salvaje crueldad de un pueblo bárbaro! ¿Es así como procuran los supernaturalistas reconciliar á la humanidad moderna con la revelacion? (2).

Con el mismo respeto tratan los Evangelios los supernaturalistas. No hay punto ni coma que, según dicen, no sean inspirados; pero en cuanto hallan un punto que les molesta, lo borran. ¿Cómo

(1) STEUDEL, en *Tübinger Zeitschrift*, 1833, t. 1, p. 126-152.

(2) STRAUSS, *Streitschriften, erstes Heft*, p. 115 y siguientes.

creer que osára el diablo tentar á Jesucristo? Los evangelistas lo dicen en términos que no pueden ser más claros; pero no lo creais: no ha habido lucha entre Satanás y el Hijo de Dios; fué un combate interior, ó más bien, la apariencia de un combate, porque ¿cómo habría podido entrar el pensamiento del mal en la santa alma del Cristo? (1). Si un incrédulo preguntára á nuestro doctor supernaturalista: "¿No fué más que eso? Entónces, ¿por qué el evangelista, es decir, el Espíritu Santo, hace tanto ruido con la tentacion? ¿Por qué interviene Satanás en persona?," ¡En verdad tienen razon los Alemanes para llamar al diablo un pobre diablo! Añadamos que vale la pena de ser supernaturalista y de no osar ya creer en el diablo ni en nada de lo que repugna á la conciencia general. En materia de ortodoxia hay que resignarse á decir creo porque es absurdo, ó no hay que meterse á ser ortodoxo.

El diablo juega un gran papel en los Evangelios; Jesucristo pasó su vida persiguiendo los demonios. Sucedió un día que una legión de demonios sacados de un demoniaco entraron en una manada de puercos, los cuales se arrojaron al agua; no se dice si los demonios se burlaron de los puercos ó si, por lo contrario, los puercos se chancearon con los demonios. Este milagro ha divertido mucho en todas épocas á los incrédulos. ¿Cómo hacer desaparecer esta piedra de escándalo? Nuestro docto supernaturalista ha oido decir á los médicos, sus colegas en la universidad, que los demoniacos eran simplemente enfermos. No fiaos de los médicos; los más espiritualistas son ateos, ó, por lo ménos, no creen en los poseidos, que es el comienzo del ateísmo, y vos, doctor, estais ya en ese camino. Decís que Jesucristo transigió con el error comun; pero ¿no sois más bien vos quien transige con el espíritu moderno? Lo haceis, sin embargo, de tan mala voluntad, que nada ganais con ello. ¿Es creible que los demoniacos se arrojarán en un acceso de cólera sobre la manada de puercos? Olvidais, sutil doctor, que Jesucristo había expulsado los demonios, lo cual, según vos mismo, quiere decir que había curado á los demoniacos: si estaban curados, no podían ya lanzarse sobre una manada de puercos; y si no lo estaban, ¿qué es el Cristo? Una especie de charlatan

(1) STEUDEL, *Glaubenslehre*, p. 239, 319.

que promete curaciones que no puede operar. Ved adónde conduce la razon. Más vale cerrar los ojos y los oídos y decir: ¡Creo, creo hasta en los demonios que entran en los puercos, y en los puercos que se suicidan!

Teniendo que dirigirnos á un supernaturalista, habríamos debido limitarnos á recordarle el texto de la Sagrada Escritura; mas, como los supernaturalistas olvidan á menudo su papel y hablan como si fueran racionalistas, es forzoso seguirlos en un terreno que no es el suyo, por donde marchan con mal seguro paso. Y si sus acomodamientos no tocáran más que á los milagros, ó, por mejor decir, á un milagro que otro, todavía se pudiera sostener que salvan la esencia del cristianismo manteniendo la fe en lo sobrenatural; pero tratan los dogmas como los milagros: procuran eliminar de la Escritura los que la conciencia moderna rechaza, á costa de violentar los textos. ¿Hay creencia más fundamental en el cristianismo práctico que la de las penas y recompensas eternas? Mas, como existe en los hombres una repugnancia invencible contra el infierno, y se niegan á creer que la justicia de Dios sea más implacable que la justicia humana, ó, por mejor decir, que sea inicua, bárbara, cruel en fuerza de ser severa, ¿qué hace nuestro doctor ortodoxo? Se apodera de este sentimiento de justicia y lo introduce por fuerza en la Escritura. Desgraciadamente es en un solo y mismo texto donde se habla de la *vida eterna* y de los *eternos suplicios*; pero esto no impide al supernaturalista afirmar que los suplicios eternos tendrán un fin, mientras no lo tendrá la vida eterna (1). La palabra *eterno* significa, pues, *lo que dura siempre*, y también significa *lo que no dura siempre*, y esto en una sola y misma frase. Y ¿por qué razon? Porque así conviene al intérprete. ¿Obrarían de otro modo los más decididos racionalistas? En realidad, el supernaturalismo no es más que un grado inferior del racionalismo; es la razon ménos desarrollada, ménos atrevida que acepta lo sobrenatural, á reserva de escaparse por una puerta falsa, cuando el milagro es demasiado absurdo. Pero la razon se hace cada día más exigente y más invasora, y en el límite extremo, el supernaturalista se confundirá con el racionalista (2).

(1) STEUDEL, *Glaubenslehre*, p. 464 y siguientes.

(2) STRAUSS, *Streitschriften, erstes Heft*, p. 180, 181.

Precisamente, para evitar este escollo, dirán los nuevos ortodoxos: volvemos á las confesiones del siglo XVI; no admitimos ya la ortodoxia á medias; todo ó nada. ¿Habla la Escritura del diablo? pues cremos en el diablo y en el rechinamiento de sus dientes; ¿los Evangelios dicen que había poseidos? pues cremos en la posesion ó en los demonios que entraron en una manada de puercos y en el suicidio de estos puercos (1). Hé aquí, en apariencia, creyentes de la fuerza de Tertuliano. Pero, ¡cosa singular! estos teólogos que lo creen todo, no creen ya en el Dios de los cristianos, en Jesucristo; les pasa como á los sabios que no ven el bosque en fuerza de ver los árboles. Nuestros luteranos ortodoxos no perdonan ningun milagro; afirmarán, en caso necesario, que han visto al diablo y han conversado con él; mas cuando se trata de determinar la naturaleza de Jesucristo, cuando hay que proclamar clara y resueltamente que es Dios, coeterno con el Padre, entónces los más ortodoxos vacilan; cada cual tiene su cristología tan nebulosa como lo permiten las nebulosidades de la lengua alemana. No nos comprometemos á decir ni á adivinar lo que creen; pero lo cierto es que no creen en la divinidad del Cristo en los términos del concilio de Nicea (2), y desde este momento no son ya ortodoxos, son herejes, y, por tanto, más ó ménos racionalistas. Tan verdad es que el racionalismo es la religion de la humanidad moderna. Los más recalcitrantes, aquellos mismos que de intento cierran los ojos para no ver la luz, son heridos por los rayos del astro bienhechor, que acabarán por iluminarlos.

#### § VII.—Strauss y la doctrina mística.

Dicese que el racionalismo pasó ya; y ciertamente hay un racionalismo que está muerto y enterrado, el racionalismo que quería racionalizar el cristianismo tradicional, violentando á la par los textos y el buen sentido. Pero ¿es el racionalismo el único culpable? Acabamos de cir á los supernaturalistas, que caen en mayores absurdos é inconsecuencias que los racionalistas. Vienen en seguida los teólogos, que quisieran conciliar la filosofía con el cristianismo histórico, y cuya tendencia es en el fondo la misma. Agréguese á esto que el movimien-

(1) Véase arriba, lib. I, c. II, § 4, núm. 1.

(2) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, p. 237.



to filosófico que á principios del siglo se produjo en Alemania procedía del panteísmo. ¿Cómo conciliar una doctrina que niega el Dios personal con una religión que llega hasta á hacer de Dios un hombre? Necesitóse el genio sutil de Schleiermacher para intentarlo; mas, á pesar de toda su agudeza, no pudo llevar á cabo una obra imposible. Sus discípulos tuvieron ménos arte, y resultó de aquí una mezcla de religión y filosofía, que Strauss compara con ración á la del agua y el aceite: mientras que se agitan los dos líquidos, parece que forman un todo; pero en cuanto se deja de moverlos, se separan, porque son incombustibles. Peor fué todavía cuando discípulos más ó ménos rudos de Hegel intervinieron en el debate: con la presunción de gentes que de nada dudan, proclamaron, siguiendo á su maestro, la identidad de la religión y la filosofía. Strauss emplea para caracterizar este trabajo de mixtura otra comparación, que no es, dice, muy poética, pero la cosa es aún más innoble. Figúrese una cocina filosófico-religiosa, y que el cocinero va á hacer salchicha: necesita carne picada, el ingrediente más grosero, es cierto, pero el más esencial: la vieja ortodoxia se lo suministra; pide tocino para mezclar trozos de puerco con los de vaca: la teología de Schleiermacher se lo presta; y, por último, le faltan especias para hacerla grata al paladar de los aficionados: héme aquí, dice entonces, la filosofía de Hegel. Nuestro cocinero panteísta espera así hacer pasar con esa mezcla los restos impuros y ya medio podridos que le ha suministrado la ortodoxia (1).

Ese guiso ha acabado por repugnar á los Alemanes, aunque no tienen un delicado paladar; y prefiriendo la carne fresca, han echado á los diablos las especias y el tocino. ¿Habrà que culpar por eso al racionalismo? Nada hay más legítimo que el uso de la razón; pero es preciso dejarle plena y entera libertad, sin encadenarla á un dogma que sea para ella inaceptable. Entre la razón y una religión fundada en lo sobrenatural no hay alianza posible; y si se intenta, se desnaturaliza el dogma revelado, haciéndole decir otra cosa que lo que dice, y se vicia la razón que ha de justificar lo que es injustificable. Más vale la ortodoxia enteramente

(1) STRAUSS, *die christliche Glaubenslehre in ihrer geschichtlichen Entwicklung und im Kampfe mit der modernen Wissenschaft*, t. 1, p. 70.

pura, decía Lessing; y nosotros decimos hoy que vale más la lucha franca y abierta entre la razón y una religión que no es sino superstición. La victoria será de la razón. ¡Abajo, pues, todos esos sistemas de justo medio que se alimentan á medias de ortodoxia y de filosofía! ¡Abajo el semi-racionalismo, y viva el racionalismo completo! Este es el grito de un hombre órgano decidido de la razón, que ha derrotado al supernaturalismo aliado con el viejo racionalismo. Si todavía quedan *semis*, como los llama Strauss, son retrógrados ó políticos que temen caer por marchar de prisa; siguen de lejos á los *enteros*, y acabarán por llegar al mismo fin.

Strauss mismo ha marcado el fin de su empresa en el prefacio de la *Vida de Jesus*. La vieja ortodoxia, dice, partía de dos supuestos: el primero, que los Evangelios contienen historia; el segundo, que esta historia es sobrenatural. El racionalismo ha rechazado lo sobrenatural, pero se ha adherido con tanta mayor fuerza á la hipótesis de que la Escritura encierra hechos verdaderos, aunque desfigurados. Qúitese la envoltura milagrosa, dicen, y se hallará una historia como todas las historias que proceden de causas naturales, las cuales producen efectos naturales igualmente. Queriendo racionalizar los milagros, se vieron obligados los racionalistas á recurrir á explicaciones necias para hallar razón en hechos que desafían á la razón y en textos que no admiten interpretación racional. De ahí el ridículo que ha recaído sobre la memoria del doctor Paulus y consortes; mas la razón no es la culpable; ella no cometió más que un yerro, pararse en la mitad del camino. El racionalismo es un primer paso fuera del cristianismo ortodoxo, y es preciso dar el segundo, que es decisivo. Siendo cierto que lo sobrenatural de los Evangelios no es más que una quimera, ¿no pudiera suceder también lo mismo con los pretendidos hechos históricos que los racionalistas creían descubrir en los milagros? No hay hechos, dice Strauss, como no existe lo sobrenatural; las narraciones de los Evangelios son mitos.

Hay en la obra de Strauss un elemento crítico: el trabajo de destrucción. Esta parte de la *Vida de Jesus* es de mano maestra: el libre pensador aniquila las hipótesis de los racionalistas como las apologías de los supernaturalistas. Hay desde luego hechos, y son los más esenciales, que rechaza el buen sentido; no son históricos, porque, por su

esencia misma, son imaginarios. Tal es la narración del nacimiento milagroso del Cristo, que sirvió de base al dogma de la Encarnación y al de la divinidad de Jesus. ¿Quién creará, pues, que lo infinito pueda hacerse finito, y que un solo sér reuna dos naturalezas esencialmente diferentes, la naturaleza divina y la naturaleza humana? La resurrección es igualmente imaginaria. Se han hecho vanos esfuerzos para salvarla; pero basta leer las narraciones contradictorias de los evangelistas para convencerse de que la resurrección no ha existido jamás sino en la imaginación exaltada de los primeros fieles. Entre el nacimiento y la muerte de Jesucristo se expone una serie de hechos milagrosos, todos los cuales pertenecen al dominio de la fábula. La misma ortodoxia ha retrocedido ante la legión de demonios que, se dice, entraron en una manada de puercos. Nada más divertido que leer la conciliación de los testimonios contradictorios que existen en los diversos Evangelios: los racionalistas combatiendo á los supernaturalistas y los mismos supernaturalistas no entendiéndose entre sí. Los apologistas destruyen con sus propias manos el edificio que han levantado con tantos esfuerzos. Strauss es admirable en este combate teológico: la risa de Voltaire asoma en medio de los textos hebreos, y una delicada ironía acompaña á la argumentación que parece tomada de la escolástica (1). El combate es decisivo y más mortífero que las más terribles batallas: nada deja en pie. La obra de destrucción es completa (2).

Después de haber demolido, Strauss intenta reconstruir. Las narraciones milagrosas de los Evangelios no son historia, son mitos. Se tiene fuera de Alemania una falsa idea de lo que entienden por mito los escritores alemanes. No es una invención que un fanático ó un impostor fabrica dándole el aspecto de un hecho real; las falsas decretales, la donación de Constantino, los innumerables fraudes cometidos por gentes de Iglesia, hé ahí ficciones forzadas con un fin de impostura y de explotación. Los mitos no son eso; la imaginación del pueblo es quien los crea instintivamente, sin tener conciencia de la ficción; son inspirados por un vivísimo sentimiento religioso, y se producen

(1) Hablamos del original alemán, porque la traducción, como toda traducción, reproduce más los defectos que las bellezas.

(2) BAUR, *Kirchengeschichte des XIXten Jahrhunderts*, p. 361.

en las épocas en que las religiones se forman. Así ha nacido la mitología de la India y de la Grecia, y este es también el carácter de las narraciones milagrosas que llenan los Evangelios (1).

No es Strauss el inventor del sistema mítico. Ya el piadoso Semler había pronunciado la palabra mito hablando de las narraciones de la Biblia relativas á Sansón y á Esther; Schelling aplicó la idea á los orígenes de la historia, así sagrada como profana; un sabio ilustre, Heyne, declaró que la historia, como la filosofía, procedían de mitos, y la explicación mítica acabó por penetrar en el dominio de la teología. Comenzóse por el Antiguo Testamento, y aventuróse después la interpretación de los Evangelios por medio de la misma hipótesis; pero no se habían hecho antes de Strauss sino tímidos ensayos que versaban sobre puntos aislados; la interpretación racionalista dominaba hasta en el campo del supernaturalismo. El autor de la *Vida de Jesus* generalizó la idea del mito y la aplicó sin contemplación alguna: Strauss era un *entero* y no un *semi*; este es el principio de su fuerza, y esto es también lo que da tanto encanto á sus escritos. Se respira más libremente al leerlos, porque se está en compañía de un espíritu libre que piensa lo que dice y que se atreve á decir todo lo que piensa.

Pero no basta pensar libremente, hay que pensar con acierto. ¿Qué autoriza á Strauss para transformar en mitos las narraciones evangélicas? Los mitos no se forman sino á falta de historia; y si hubiera habido una historia verdadera de Jesucristo, no habría habido lugar á mitos. Durante largo tiempo se ha creído que se poseía una historia escrita por contemporáneos, por los mismos discípulos de Jesucristo; pero la ciencia ha destruido esta ilusión: los Evangelios canónicos, en su forma actual, no aparecieron sino hácia mediados del siglo II. Es difícil fijar su fecha precisa; mas es positivo que no hay narración contemporánea: había, pues, campo abierto á los mitos. Ya en vida era Jesucristo un personaje extraordinario; y después de su muerte, el Mesías judío se convirtió insensiblemente en un sér divino. La conciencia general necesitaba un Dios, y encarnó sus votos y sus aspiraciones en la persona de Jesus. Facilitaron singularmente este trabajo de la imaginación popular

(1) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, p. 100, 101.



las profecías de la Biblia: el Mesías debía ser un profeta más grande que Moisés. A hora bien, Moisés había hecho milagros: ¿cuáles debían ser los prodigios obrados por el Cristo? Nada más natural que aplicar á Jesus todo lo que se esperaba, todo lo que se deseaba del Mesías (1).

¿No ha traspasado Strauss los justos límites del fin á que debía atenerse? Esto se le reprocha (2); y este es el defecto de los espíritus lógicos y convencidos. No pudiendo creer en lo sobrenatural, y no viendo en los Evangelios los caracteres de la historia, el autor de la *Vida de Jesus* fué llevado forzosamente á trasformarlo todo en mitos. Ese es el exceso inevitable de toda doctrina nueva; pero los mismos excesos son un bien, porque agotan el asunto y ponen de relieve un conjunto de puntos olvidados ó inadvertidos. Renan dice que la época en que se difundió la *buena nueva* no era ya á propósito para la formación de un cuerpo de mitos; cosa que, si se concibe en la India y entre los Griegos ántes de toda historia, se concibe difícilmente entre los Judíos, que vivían en plena realidad. Dispuesto á creer que había hechos reales que fueron desfigurados por lo maravilloso y fantástico, prefiere Renan la palabra *leyenda* á la de *mito*: "Las leyendas de los países medio abiertos á la cultura racional se han formado, dice, con mucha más frecuencia por la percepción indecisa, por la vaguedad de la tradición, por abultados rumores, por la distancia entre el hecho y la narración, por el deseo de glorificar á los héroes, que por la pura creación que pudo tener lugar en la casi entera construcción de las mitologías indo-europeas." Admitimos la distinción de Renan respecto de tal ó cual narración milagrosa; pero la leyenda no explica ciertamente el milagro de los milagros, el Dios-Hombre, ese fundamento del cristianismo tradicional. ¿Dónde está el *hecho* que hubiera podido dar lugar á la narración de la concepción sobrenatural de Jesus? ¿Dónde el *hecho* que pudiera servir de base á la transfiguración de un hombre en Dios? Aquí todo es creación, y, por consecuencia, todo es *mito*.

Tentados estaríamos por nuestra parte á dirigir otro reproche á Strauss. Los ortodoxos le persiguen con sus injurias como el tipo de la incredulidad;

(1) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, p. 101-103.  
(2) RENAN, *Études d'histoire religieuse*, p. 162, 163.

y en nuestro sentir, el autor de la *Vida de Jesus* es demasiado crédulo, ó, por mejor decir, cree demasiado en la buena fe de los que contribuyeron á crear los mitos. Por más que se diga que los mitos se producen por el trabajo inconsciente de la imaginación popular, nada se hace sin el concurso del hombre; todo está, pues, contagiado de su imperfección. Sabido es que nunca ha habido más libros apócrifos que en los primeros siglos de la era cristiana. Ahora bien, ¿es verdad que exista un abismo entre esas producciones de la fe y las falsas fabricaciones de las gentes de Iglesia? Mucho lo dudamos; y en todo caso, hay un elemento en la elaboración de los mitos que es preciso tener en cuenta, y que no hace mucho honor á sus autores, el elemento supersticioso. Ya jugaba éste un gran papel entre los Judíos: ¿qué eran la esperanza del Mesías y el mesianismo, y después la creencia en el fin del mundo, en una segunda venida del Cristo, en un reinado de mil años, sino pura superstición? Peor fué todavía cuando abrazaron los Gentiles la nueva fe. Los Judíos se habían contentado con un profeta; los paganos necesitaban un Dios de carne y hueso, como los que estaban acostumbrados á adorar. De ahí la divinidad del Cristo, que no es ni mito ni leyenda, sino superstición.

La *Vida de Jesus* produjo un verdadero terror en los espíritus; diríase que el Antecristo había venido á derribar los altares del Dios-Hombre; y en efecto, Strauss ha cumplido una obra de destrucción irreparable; ha arruinado definitivamente la creencia en lo sobrenatural. No quiere esto decir que haya sido el primero que ha puesto mano temeraria sobre los milagros del Evangelio; sus adversarios le han reprochado, por lo contrario, el no haber hecho más que repetir lo que ántes de él se había dicho mil veces. Hay verdad en esta acusación; pero los enemigos de Strauss no han reparado que implica un elogio: también los católicos trataron á Lutero de plagario; ¿y acaso impidió esto que inaugurara el reformador una nueva era en la historia del cristianismo? Habían hecho una ruda guerra á los milagros los deístas en Inglaterra, en Francia los filósofos, y, sin embargo, la teología continuaba poniendo al Cristo en un mundo superior á la humanidad, y celebrando, si no sus milagros, por lo menos su resurrección. Había siempre un supernaturalismo al lado del racionalismo; pero hé aquí que llega Strauss y hace in-

ventario de lo que queda de fe; y ¿qué halla? Que el racionalismo es un absurdo y el supernaturalismo una necedad. En suma, el inventario, dice un teólogo alemán, ha conducido á una vergonzosa quiebra, y aún pudiera decirse bancarota, recordando los esfuerzos de los naturalistas, las agudezas de los teólogos del justo medio y las capitulaciones de conciencia de los supernaturalistas. Tan poca sinceridad había en esa fe de encargo, que en verdad no ha perdido gran cosa el cristianismo cuando Strauss ha reducido á polvo las apoloías de semejantes defensores (1).

¿Es cierto que Strauss haga del mismo Jesus un mito? Confesamos que no nos gusta la disertación final de su libro. Después de haber demolido al Cristo histórico, lo reconstruye en el dominio de las ideas con ayuda de unas cuantas fórmulas hegelianas; la humanidad viene á ocupar la plaza del Cristo; y lo que no es verdad aplicado á Jesus se convierte en verdad si se concibe á Dios encarnado en la humanidad. ¿De qué puede servir esta ficción metafísica? No satisfará ciertamente á los creyentes que necesitan un Dios vivo, un Dios hecho hombre. ¿Satisfará más á los que piden una nueva religión, porque no pueden ya creer en la religión tradicional? Mucho dudamos que consientan en adorarse á sí propios en la persona de la humanidad, después de haber negado su adoración al Cristo. Estas fórmulas parecen juegos de palabras. Que los profesores y sus discípulos se diviertan en ellas, sea; pero el espíritu humano no vive de diversiones metafísicas; necesita el pan de vida, y el pan que alimenta no consiste en vano sonido de palabras.

Preferimos las breves páginas que ha escrito Strauss sobre los elementos transitorios y sobre los elementos permanentes del cristianismo (2). No es verdad que haga del mismo Jesus un mito; el Cristo es para él un personaje histórico. Strauss, se dice, rebaja la gran figura de Jesus; mas nosotros estaríamos tentados á reprocharle el elevarlo demasiado por cima de la humanidad. Y con efecto, dice que ningún hombre ha tenido ni tendrá un sentimiento más vivo de la religión, es decir, del

íntimo lazo que une al hombre con Dios, y concluye de aquí que cualesquiera que sean los progresos que se hagan en las ciencias y en las artes, no será jamás posible superar á Jesucristo en el dominio religioso. Hé ahí una exageración evidente y una verdadera contradicción. Con razón se ha dicho que hay alguien que tiene más ingenio que Voltaire, el alguien que es todo el mundo, es decir, que no hay individuo superior á la humanidad. Creemos de buen grado que el Cristo tuvo en el más alto grado la conciencia de la unidad del hombre y de Dios; pero ¿cómo puede asegurar Strauss que este sentimiento llegará á su perfección? Él mismo dice lo contrario, pues que admite en el cristianismo un elemento *transitorio* al lado de un elemento permanente. Hé ahí la positiva verdad, verdad que nos abre el camino de lo porvenir á la par que mantiene el lazo con lo pasado. Jesucristo participaba de la creencia de sus contemporáneos en lo sobrenatural, lo cual es una superstición. ¿No influyó ese error en su concepción de Dios, del hombre, de la vida presente y futura? Si las supersticiones desaparecen, si, por otro lado, la ciencia descubre cada día nuevos horizontes, ¿no ha de influir este desarrollo intelectual en la religión? ¿Puede permanecer inmutable la religión, cuando alrededor de ella todo cambia? Sí, hay un elemento permanente en el cristianismo; pero hay también un elemento pasajero, lo cual equivale á decir que la religión es perfectible, como todas las esferas de la vida.

#### § VIII.—Baur y la escuela de Tubinga.

Strauss, se dice, quería reconstruir después de haber destruido: tal era el fin de su hipótesis mítica; mas en nuestra opinión, el célebre escritor ha sido un demolidor ante todo, y esa ha sido la única obra que ha cumplido: su teoría de los mitos se refiere á la ciencia teológica; y no es tanto una nueva ciencia como una nueva religión lo que necesita la humanidad. En realidad, no le da Strauss ni una ni otra: ha demolido el Cristo tradicional y trasformado los Evangelios en mitos; pero ¿qué se hace del Cristo histórico y de la *buena nueva*? Strauss no tenía la misión de reconstruir; faltábale para esto un dón esencial, el espíritu histórico. El cristianismo es la revolución más grande que hasta ahora se ha cumplido, pues la revolución

(1) SCHWARZ, *Zur Geschichte der neuern Theologie*, p. 97 y siguientes.—BAUR, *Kirchengeschichte des XIX<sup>ten</sup> Jahrhunderts*, páginas 379, 380.

(2) STRAUSS, *Vergaengliches und 1<sup>tes</sup> erdes im Christenthum*, en los *Zwei friedlichen Blaetter*.